

das hacia un mundo perdido; la cadena de nieve que supone la posibilidad del recuerdo; la conexión posible entre el mundo de los muertos, de los amigos y seres queridos que fallecieron, y el de los vivos, que es el nuestro y el del poeta, etc. Deberíamos señalar también que este sistema de símbolos funciona de manera coherente y sostenida no sólo en cada poemario concreto, sino a través del conjunto de todos sus libros. Y es ahí donde reside toda la originalidad y dificultad de este proceder.

Hecha esta pequeña introducción general al tema, vamos a intentar ocuparnos de algunos casos concretos que parecen los más interesantes e ilustrativos. Uno de los símbolos más utilizados y ricos en variedad de significados es el que antes adelantábamos, *la nieve*, la palabra nieve que aparece siempre, en las diversas construcciones, con una desadecuación entre su valor semántico más habitual y aquel nuevo que se le atribuya. La nieve será en muy pocas ocasiones el elemento atmosférico, la concreta solidificación del agua que todos conocemos, para pasar a representar, como antes sosteníamos, el tiempo, pero no sólo eso. Se trata, ante todo, de una metáfora de filiación unamuniana (Luis Rosales siempre ha sido admirador del catedrático salmantino, y uno de sus primeros recuperadores cuando nadie lo consideraba un poeta de interés). Para Unamuno la nieve era la gran niveladora, capaz de borrar fronteras, el misterio de la fe y tengamos en cuenta que la fe puede vencer hasta la misma muerte. Leamos un fragmento de su obra maestra, *San Manuel, Bueno, mártir*: «Está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi San Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi San Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. *Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra*». Metáfora, pues, que Rosales toma de Unamuno, pero reelaborándola, haciéndola innegablemente propia y constituyéndola en una clave para la comprensión de su obra. Así leemos en *ENC*: «Y ERA VERDAD, ERA VERDAD COMO UNA CALLE QUE NOS LLEVA A LA INFANCIA, / como una calle que nos duerme, y *después de nieve*, puede volver aún» (pág. 212)⁴. La caída de la nieve como encarnación del paso del tiempo, la nieve que se acumula y va cegando los accesos al pasado: «callábamos los dos para abrazarnos dentro de aquella parte de nuestro corazón, / donde no hubiera ruido, / donde no hubiera *nieve amontonada que cegara la puerta*» (*ENC*. 213). Y en *COR*. dice el poeta: «Hace ya muchos años, cuando la nieve aún era blanca» (259), refiriéndose quizá a la edad en la que el paso del tiempo no entrañaba todavía la pérdida de los seres queridos, el *fugit irreparabile tempus*; o quizá aquellos años de inocencia en los que la nieve era aún eso, la nieve blanca sin más, un elemento como cual-

⁴ Las páginas indicadas corresponden a los dos volúmenes titulados *Poesía reunida*, y publicados por Seix Barral, según el libro mencionado pertenezca a uno u otro tomo. Las páginas citadas de *SIL*. están extraídas de la única edición existente hasta ahora, Visor, Madrid, 1984.

quier otro de la vida y no un símbolo, una refundición literaria, una imagen de lo perdido y a la vez de su posible recuperación por medio de la poesía. Evocando, en una palabra, el tiempo cuando la felicidad era inmediata y palpable, aunque la mayoría de las veces no reconocible, puesto que para Rosales el acceso a ésta viene facilitado por la vía del recuerdo, de la reunión, gracias al mismo, de todos los instantes y seres queridos en una gran casa, la del corazón, que se enciende entonces por completo. Pero la nieve simboliza, por otra parte, la cadena existente (o al menos construida por el poeta) entre la vida y la muerte: «Vamos creciendo hacia los muertos. Ellos son la cadena de nieve, y la cadena de nieve que a ellos nos une es nuestro propio crecimiento» (COR. 310). Y esa cadena de nuestro propio crecimiento va ensanchándose de manera circular, ya que al crecer, al envejecer, vamos dejando de la mano de la muerte a algunas personas a las que luego tenderemos esa cadena, uno de sus extremos, puesto que el otro es nuestro propio crecimiento hacia ella.

Otro de sus símbolos más característicos lo constituye la figura del niño, que funciona muchas veces (sobre todo en ENC.) como apoyatura metafórica o de imágenes, y se completa a veces con la palabra estatura; como en la que hablando de una ola, aquella que es la última para el naufrago, dice: «hasta aquella que tiene la estatura de un niño y le cubre la frente» (COR. 141) o «todo ha de tener, al fin, la estatura de un niño» (ENC. 221). Pero la presencia continuada del niño, que a veces figura debido al capricho del poeta que hace suya la palabra y la emplea de una manera sentida aunque irracional, tiene una explicación más o menos lógica a nuestro modo de ver, si es que en poesía puede hablarse en estos términos. La figura del niño supondría una intensificación del sentimiento expresado, así como la reafirmación de su autenticidad, puesto que es sabida la forma en que los niños, por tratarse de primeras experiencias, viven las cosas; con una vehemencia muy superior a la de los adultos: «parecía como un niño que pensaba escribiendo» (ENC. 233). Y en una bellísima imagen expresa el autor la intensidad arriba mencionada, ese momento en que tenía la pena de esos niños que se han quedado solos en la cocina de la casa cuando todos se van, / tenía la pena de esos niños que nunca son mayores cuando llega un viaje (ENC. 216).

El empleo habitual del adjetivo necesario es también una característica de la escritura de Rosales. Lo necesario como predestinación: «quiero decir que te marchaste un día / -eran las dos de la mañana- / para que todo se hiciera necesario» (ENC. 238). Se trata, contra lo que pudiera pensarse, de una predestinación aceptada con absoluta naturalidad, incluso de buen grado, ya que el poeta sabe que «Todo llega en la vida por sus pasos contados, / la primavera y el verano, la ignorancia y la lluvia» (ENC.

240), es decir, aquello apetecido junto a lo que no deseamos; sin una cosa no llegaría la otra. Una vida plena reúne las dos caras de la moneda y eso es algo que Luis Rosales parece entender a la perfección.

Y, conectada con lo que decíamos ahora mismo, aparece otra de las constantes que lo caracterizan, *el dolor*. El dolor como injusticia: «el dolor totaliza la vida y por eso es injusto» (OLA. 261); pero a la vez como experiencia fundamental, decisiva: «Los momentos felices se olvidan, pues la felicidad no da experiencia. En cambio cada dolor nos hace conocer de nuevo el mundo, cada nuevo dolor es un alumbramiento de la verdad» (COR. 256). El dolor sería pues un sentimiento que engloba a todos o casi todos los demás, a condición de que éstos sean lo suficientemente profundos: «Lo único que he aprendido viviendo es que *todo sentimiento verdaderamente profundo es doloroso*» (COR. 258). Se trata de un reverso, una experiencia necesaria, subyacente a cualquier situación o sentimiento verdaderamente intenso. Tras el amor, o durante el mismo, conocemos el dolor, la juventud implica ya en su plenitud el dolor de la desposesión continua; o el amor fraterno, amical, filial, el amor humano en definitiva no erótico, está condenado, por su misma definición de humanidad, al acabamiento, al dolor último de la muerte, de la pérdida del ser querido. Y es éste, el tema central en la obra de Luis Rosales, junto al del amor erótico, desde sus comienzos. Así pues el dolor sería una experiencia, como adelantábamos, *necesaria*: «LAS PERSONAS QUE NO CONOCEN EL DOLOR SON COMO IGLESIAS SIN BENDECIR» (ENC, 228), mística, enaltecedora y a la vez indeseable, injusta, aunque, eso sí, siempre inevitable porque: «*el dolor es un don, / nadie puede evitarlo*» (ENC. 240). No se trata aquí de una perspectiva mórbida (la de tantos poetas románticos y barrocos) desde la que se produce una complacencia en el dolor, una recreación e inmersión gozosa en él; se trata de una justa y sobria valoración del mismo en la que se parte de su irrenunciabilidad para comprobar sus dos caras, la que actúa positivamente como fuente de conocimiento y experiencia, y la negativa que no es más que su propia dimensión, el precio que cobra por esta docencia vital obligatoria y áspera.

Unos símbolos más lo constituyen todas aquellos vocablos relacionados con la *ceguera* (ciego, cegar, etc.). En algún caso conllevan la connotación de *soledad*, bien conseguida mediante el empleo de una imagen visionaria: «La brisa era en el mar un niño ciego» (RIM. 160) o bien mediante la explicitación poética de la relación que apuntamos: «Ya nunca estaremos ciegos, / ya nunca estaremos solos» (RIM. 150). En pocos casos se utiliza la palabra *stricto sensu*, y sí en cambio como factor decisivo a la hora de expresar el desconcierto, la vehemencia de ciertas situaciones o estados de ánimo. Y por último, ya lo habíamos apuntado previamente al tratar el

tema de la «nieve», la simbolización de los accesos cerrados, *cegados*, a un tiempo pretérito y anhelado.

Es también curioso constatar la presencia de dos constantes como lo son la *sonrisa* y la *mirada*. Para Rosales parecen a menudo más importantes los caracteres psicológicos que los físicos, sin dejar éstos de lado, por supuesto, (más tarde volveremos sobre el tema). Tanto mirada como sonrisa forman parte de los rasgos internos, trascienden los límites materiales de los ojos y la boca en los que, desde luego, se apoyan. Así, al término de «La almadraba» el poeta reconoce a su amada por la forma de sonreír, no por su imagen física: «Te he recordado al verte sonreír en un momento determinado» (190), en ese instante en que sólo ella podría haber sonreído así.

En cuanto a la mirada, Luis Felipe Vivanco (gran amigo y admirador del poeta) titula una parte de su estudio sobre nuestro autor «El crecimiento del alma en la palabra de Luis Rosales»⁵, de una manera tan significativa como la siguiente: «La mirada en los ojos», estudio al que recomendamos acudir para profundizar algo en el particular. El propio Rosales nos dice: *El destino es llevar la mirada en los ojos*.

El *espejo* tiene relativa importancia dentro del mundo simbólico al que nos estamos refiriendo, importancia que cobra, sobre todo, en el libro *RIM* (al que corresponden las citas que ahora emplearemos). El espejo, creemos entrever, aparece identificado con el poeta en el que la amada se refleja, y él pasa a la vez a convertirse en su imagen: «Busca un sitio en mis ojos / que no haya sido espejo y que no sienta / cristalizar esa sonrisa tuya» (156) «Yo contaba tus latidos / (...) como un rastro / de lluvia en el espejo» (162). Es pues una imagen que adquiere valor de símbolo gracias a su reiteración y continuidad, pero su polisemia es tan variada que se resiste a una interpretación totalizadora. La apuntamos pues aquí para que el amable lector se encargue de atribuirle él mismo, como debe ser, la connotación que considere más acorde y predominante en esta poesía.

Pero uno de los elementos simbólicos más importantes (quizá el más importante) es el de *la muerte, los muertos*, que aparecen de forma continuada y en diferentes funciones y contextos. Desde los muertos reconocidos y reconocibles de *ENC* (su amigo Juan Panero, sus padres etc.) pasando por los anónimos de la guerra mencionada en varios poemas de *OLA* y *SIL* hasta «el muerto» como símbolo absolutamente críptico, irreductible a un sistema lógico de ideas, irracional. Mas creo descubrir, no sé si algo aventuradamente, un vínculo común por debajo de todo ello. Rosales busca el momento de la plenitud, de la reunión de todo, del encendimiento total de una gran casa donde todo, todos, puedan ser vividos a la vez. La existencia es una situación temporal, provisional, motivo por el cual

⁵ Introducción a la poesía española contemporánea (vol. 2) Guadarrama. Universitaria de bolsillo. Madrid, 1974 (p. 113).